

Los Duques, los Marqueses y hasta los mismos pobres,
 Le celebran á porfia,
 Que dicen que es una batalla, una algarabía.
 Si el árbol se conoce por el fruto,
 Como dijo un teólogo llamado *Márcos Bruto*.
 El cual añadía, que aun por eso
 Las grandes camuesas indican gran camueso,
 ¿Qué árbol serás tú? ¿Qué noble tronco?
 Solo de imaginarlo, me pongo ronco.
 La fama.

Basta, hermano Bartolo, basta, le interrumpió el magistral, que ya no podía aguantar más tanto disparate, y aún había disimulado su mal humor todo lo posible, por no desazonar la función. Apurada ya la paciencia, se levantó de la mesa; con el pretexto de ir á dormir la siesta, haciendo lo mismo todos los demás convidados, á excepcion de don Bartolomé, el padre vicario, Fray Blas, Fray Gerundio, el familiar y el donado, que se quedaron de sobre mesa, donde pasó lo que dirá el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VI.

DE LA CONVERSACION NO MÉNOS ÚTIL QUE GRACIOSA,
 QUE HUBO SOBRE COMIDA.

PERMÍTAME V. Reverendísima Fray Gerundio, que le dé mil abrazos, dijo Don Bartolomé, ahora que hemos quedado solos: rato mejor que el que V. me dió con su admirable sermón, no lo he tenido ni tendré en mi vida. Eso es predicar, que todo lo demás es hojarasca. Yo tal digo, añadió el padre vicario, si tan jóven y al principio de su carrera, comienza así, ¿qué será cuando él acabe? Yo conocí un padre predicador de cierta órden, hombre ya de canas y de provecho, que aunque predicaba á este mismo aire que el padre Fray Gerundio, no merecía descalzarle los zapatos, y con todo eso le llamaban *Espanta pueblos*: ¿pues qué será el padre Fray Gerundio cuando llegue á sus años? Seguramente que le llamarán *el Monstruo de España*, y todavía le vendrá estrecho el renombre. ¿No te lo dije ya, amigo Fray Gerundio? interrumpió á esta sazón Fray Blas, rebosando de gozo por todas sus coyunturas; si no hubieras seguido mis consejos, y te hubieras dejado llevar de la extravagancia de nuestro reverendísimo padre Caduco, ¿lograrias ahora estos aplausos?

¿Quién es ese flaire, preguntó el familiar, y qué consejos daba á mi sobrino? Es un Reverendísimo Matusalem, respondió Fray Blas, de esos que alcanzaron las valonas, el que está muy mal con todo lo que en los sermones se llama *conceptos*, *agudezas*, *equivocos*, *circunstancias*, en una palabra, con todo aquello que hace el gusto, el embeleso del auditorio, y produce el aplauso del predicador. Dado le ha, que se ha de predicar á lo ramplon, á lo solidote, asuntos sérios y naturales, verdades indubitables y de cuatro suelas, pruebas macizas y de cal y canto, como dicen. De estas que llaman *circunstancias*, no se hable: dice que no hay más circunstancias, que las de el misterio del Santo ó del objeto de que se predica, y que todo lo demás es locura y profanidad, que muchas veces se roza con sacrilegio. Añade que solicitar en los sermones el gusto ó deleite del auditorio, y el aplauso del orador, es contra toda regla de la verdadera elocuencia, la cual solo debe tirar á convencer, á persuadir y mover, pretendiendo que los conceptos delicados, las agudezas, los equivocos, las pinturillas deleitan, pero no convencen, ni persuaden, ni mueven. Vaya V. viendo lo que adelantaria un pobre predicador con estas regleçitas, y si al cabo del año tendria dos arrobas de chocolate en el cajon, ó se colocarian diez y ocho doblones en la naveta.

Con que ¿eso decia ese buen flaire? volvió á preguntar el familiar. Si, señor, eso decia, eso dice, y eso estará diciendo por toda la eternidad, si Dios no lo remedia, respondió Fray Blas. Pues mi alma como la de su Reverendísima, replicó el familiar: yo soy un pobre monigote, como Vds. vén; solo sé leer con

trabajo, y echar mi firma con enfecultá, pero por fin y postre dos deditos de entendimiento de precision los ha de tener todo hombre irracional: mi voto lo doy á ese Fray Matías de Jerusalem, ó como le llama el padre predicador, y que me emplumen si no le sobra razon por los tejados.

Cuando voy á oír un sermon, sea el que se fuere, voy siempre con intencion de que m'agan gueno, espirándome deseos de emitar las virtudes del Santo á quien se perdica, ó proponiéndome alguna verdá de emportancia, que me la metan bien en la cabeza, y despues me empujen el corazon á platicarla. Pero vaya con Dios, que las más de las veces m'allo con una retraila de garambainas, de entretejidos, de sotilezas y cercunloquios, que en mi ánima jurada los entiendo yo tanto como ahora llueven pepinos. Daca el mayordomo, vuelva la comida, torna los novillos.

Si danzaron una danza con los profetas; si se usaron hogueras, cuetes, carretillas y triquitaques en la ley de los judíos; dempues entran los ángeles que suben y bajan por la escalera de Jacó; dempues aquellos serafines con sus alas, que no parecen sino los gorriones de todos los sermones, porque así como los gorriones se encuentran en todos tiempos y todas partes, así estos pobres serafines salen á volar en todos los sermones, que no sé á fé mia, como tienen juerzas ni prumas; y en verdá, que hicieron bien en meterles tantas alas, una vez que hubiesen de volar tan en contínuo movimiento; ¿pues qué diré de aquel que unos llaman *carro*, y otros *carroza*, de un tal Ezequiel? Que habrá acarreado el dichoso carro más paja en esos púlpitos de Dios, que todos

los carros de Campos, dende que se infundió en el mundo la labranza: con que al cabo del sermón me enguelgo á mi casa tan malo como salí; y vayan ustedes con Dios, que hemos de decir, que el padre predicador es un hombre que se pierde de vista, siendo ansina, que muchos de ellos los llevara yo á la Enquisición, si el santo tribunal me lo mandara.

Señor familiar, respondió Fray Blas, no hable usted de lo que no entiende: á que añadió prontamente Fray Gerundio; ¿debe pensar V. que ha de alcanzar más que tantos predicadores famosos como predicán así, tantos hombres discretos como los celebran y los aplauden? Es demasiado pensar, sobrino, respondió el familiar; cada probe alcanza aquello que Dios le ayuda, á eso de que tantos predicadores predicán así, y que tantos hombres discretos los celebran: digo, porque son tantos los que predicán ansina, por eso me encarabino yo tanto; y en cuanto á los hombres discretos que les celebran, peor es un gallo. Yo confieso, porque el diablo no se ría de la mentira, que también los he oído apraudir á muchos; pero acá en mi imaginamiento todos eran unos tontos; y á lo otro que dijo el padre predicador de que yo no lo entiendo, respondo á su Usencia, que como los sermones se perdican para que los entiendan todos, por el mismo caso que yo no entiendo más, digo que son malos, y no me sacarán de estos cuantos teólogos hay en la universidad de Salamanca.

A muchos ha hecho muy poca merced el señor familiar, dijo á esta sazón el padre vicario con su acostumbrado entonamiento. Si son nécios los que predicán de esa manera, y los que gustan de sermo-

nes de ese aire, se verifica á la letra lo que dice el Espíritu Santo, que *stultorum infinitus est numerus*; y será preciso contar en este número á muchos hombres de bien; y yo, aunque no lo sea, me encuentro entre ellos, porque más quiero errar con los muchos, que acertar con los pocos.

¡Fuego de Dios en tal máxima! replicó con viveza el familiar, no me la meterá Usendísima en la cabeza; en todo caso, á mí me parece más mejor acertar con uno solo, que errar con todo el mundo; porque en conclusion el errar siempre es errar, y el acertar siempre es acertar. No estará V. tan solo por este partido, dijo á esta sazón Don Bartolomé, que no tenga á su lado el señor magistral; porque así en los sermones que le he oído, como en las conversaciones que se han ofrecido sobre la materia, con el ejemplo y con la palabra se muestra tan opuesto á este modo de predicar, que es gusto oírle cuando se zumba de él, y estremece cuando le combate en serio. Por algo ha estado tan grave y tan espetado en toda la mesa, interrumpió el hermano Bartolo, que en toda ella no ha dicho, *esta boca es mía*; y alguna vez que yo le miraba, estaba como un ceño, que parecía un Inquisidor. Pero despues de todo yo me atengo á nuestro padre vicario y al reverendo padre Fray Blas, que son predicadores leídos; y de mí sé decir, que cuando oigo uno de estos sermones agudos, me embobo todo, que es un alabar á Dios; pues que, ¿si el predicador es hombre de manoteo, y lo representa con garbo, y como dicen, con empropiedad? Entónces no trocaría un sermón por una comedia.

Esta es otra, replicó el familiar. Predicadores he oído, que no parecen sino mesmamente unos farsantes que ví en Vallaulí, una vez que fui allá á cosas del Santo Oficio, y habia comedias: ni más ni ménos traquiñar las manos, cuando predicán, como las traquiñaba el primer galán, que decían era un prodigio. Si abran de cruz, extienden las manos; si de una bandera, hacen como que la trimolan; si de una batalla, dan cuchilladas; si de una ave, parece que vuelan. En eso hacen lo que deben, respondió magistralmente el padre vicario, porque las acciones han de acompañar á las palabras, en lo cual no debe diferenciarse el predicador del representante.

A otro perro con ese hueso, dijo el familiar, que yo no lo roeré; con que ¿quiere su Usencia encajarnos, que un comediante y un predicador de una misma manera han de representar? Ambos han de pintar en cuanto sea posible con las acciones aquello que expresan con las palabras, replicó el padre vicario. Si, pues ambos, ambos tienen esta obligacion, pero el comediante como comediante, y el predicador como predicador, replicó el familiar. Pues expliquenos V. la diferencia, dijo con un poco de desden el padre vicario. ¡Oh! si yo supiera explicarla como acá la tengo en mi caletre, respondió el familiar, no me trocaria yo por un Arcediano (1).

(1) Asaz fina y oportuna es la crítica que emplea en todo este capítulo, el satírico P. Isla. No son pocos, por desventura, los que confunden el oficio del Predicador con el del comediante, dando mayor importancia al orador que más grita ó que mejor acciona. Cierto es, que la accion debe acompañar á la palabra, pero la exageracion en este punto, puede llegar á la ridiculez y extravagancia. Así

A mí me parece, salió entónces Don Bartolomé, que comprendo lo que quiere decir el señor familiar. Parécele que siendo tan diversos los fines que se deben proponer el comediante y el predicador, han de ser tambien muy diferentes los medios, y que lo que en uno es gala, hermosura, viveza y propiedad, en el otro seria locura, ridiculez, irrision y extravagancia. El comediante solo tira á deleitar, embelesar y divertir: el predicador únicamente debe intentar, convencer, persuadir y mover. En aquel las acciones, los gestos y los movimientos parecen mejor, cuanto más vivas, cuanto más airosos, y cuanto más desenfadados: en este todo debe respirar gravedad,

como la declamacion tiene sus reglas, tambien las tiene la oratoria; y si en algo se asemejan ambos ejercicios, el de predicador y el de actor, es en la necesidad de guardar y atender á las conveniencias del local, para arreglar la cantidad de voz y otros extremos no ménos importantes. Esta es la semejanza, pero la desemejanza, consiste en que los esfuerzos del actor van encaminados á agradar, y los del predicador, deben tener por objeto el convencer. Los que asisten á los sermones con espíritu cristiano, y ganosos de instruccion, no atienden á las formas sino al fondo, no á la accion sino á la palabra, no al decir sino á lo que se dice. No hace muchos años, asistíamos no en un pueblo sino en la córte de España, á los sermones que predicaba cierto orador, que gozaba de gran reputacion entre las señoras, que eran las que generalmente componían su auditorio; aquel orador era una segunda edicion de Fray Gerundio, corregida y aumentada, y bien podíamos citar aquí, disparates de primer orden, y hasta casi herejias que le oímos en sus discursos. Sin embargo, todo pasaba desapercibido, en gracia á lo sonoro de su voz, á su buen decir, y á su exagerada accion. *Pico de oro*, le llamaban las señoras. Sin embargo, aquella fama injustificada duró poco tiempo y se deshizo como castillo de naipes. ¡Aun hay Gerundios, y quiénes les aplaudan y colmen de elogios!

majestad, modestia y compostura; y perteneciendo á la accion, no solo el movimiento de las manos, sino el aire del semblante, la postura del cuerpo, y hasta el tono de la voz, en todo debe reinar una modestia que no se pide al comediante. Y á este propósito me parece haber leído en Quintiliano, que el buen orador ha de querer parecer más modesto y encogido, que garboso y desembarazado: *Modestus, et esse et videri malit*; y debe ser sin duda la razon, porque siendo el principal fin del orador el persuadir y mover, todo aquello que lo hace más afable, le hace también más eficaz, siendo cierto que el que es dueño del corazon, se hace más presto señor del entendimiento: y como el orgullo, la presuncion y la arrogancia desagradan tanto á todos, el predicador que en sus movimientos, gestos y acciones se ostenta orgulloso, arrogante y presumido, de contado se hace aborrecible, ó por lo ménos enfadoso. De aquí es, que la modestia y el encogimiento, que pocas veces cae en gracia al comediante, siempre es necesaria al predicador; y harto será que no fuese esto lo que el señor familiar queria decir.

¿Pero cuándo le explicaria yo con esa herejía y craridad? exclamó el familiar lleno de gozo, dando un abrazo á Don Bartolomé. V. me bebió el pensamiento; y ya que una cosa llama á otra, díganos V. por vida suya, y así tenga Dios en descanso al ánima de su madre (conocíla mucho, y era una mujer..... ¡Válame Dios, qué mujer era!) díganos V., vuelvo á decir, ¿qué cosa es modestia de la voz? porque así al descuido con cuidado se dejó V. caer este vocablo y yo no entiendo bien lo que significa. Tampoco yo

no lo entenderia mucho, respondió el canónigo, si por casualidad no lo hubiera leído pocos dias ha en cierto libro que me envió un amigo mio de Madrid, y trata de estas cosas de predicadores. Intitúlase: *la elocuencia cristiana*, y su autor jesuita francés, llamado *el padre Blas Gisbert*, hombre sin duda hábil, discreto y erudito, que trae admirables especies, aunque á mi pobre parecer escritas con no mejor método del mundo, porque repite mucho, hacina bastante, no sigue la caza, pica mil cosas, y luego las deja; y en los muchos ejemplares que trae de San Juan Crisóstomo, á quién propone con grandísima razon por el mejor modelo de la elocuencia sagrada, aunque todos ellos son muy escogidos, me parece que está algo prolijo. Pero, ola; ¿quién soy yo para meterme á crítico, sin acordarme que esta facultad no se hizo para un pobre canónigo bolonio? Vuelvo á la pregunta.

Dice pues este padre, sino me acuerdo mal, hablando de la modestia de la voz, poco más ó ménos, estas palabras: *Serás modesto por esta parte, si evitas en tu voz cierto aire bronco, hinchado y dominante, que introduce hasta el corazon de los oyentes, aquella enfadosa disonancia que no puede disimular el oido. Una voz dulce, fuerte, igual, flexible y moderadamente ingeniosa, es de admirable auxilio para la persuasion. Por el contrario, el entendimiento siente no sé qué repugnancia en rendirse á unas razones que se derivan por una canal tan ingrata y tan desagradable, como es una grosera, desapacible, furiosa, impetuosa y violenta.*

Y ¿dónde ha de ir á comprarla aquel á quién Dios se la ha dado con estas tachas? replicó Fray Blas. Eso

no lo dice mi autor, respondió el canónigo, y yo no he tomado el oficio de instruir á los predicadores; porque soy poco hombre para esto. Solo reflexo lo que digo he leído; bien que á mí me parece, que el arte, el trabajo y el cuidado podian corregir estos defectos. Y aún hago memoria, sino me equivoco, de haber leído ú oído, que dos oradores habian recibido de la naturaleza una voz bronca y destemplada, y ambos la redujeron á un medio templado, sereno y apacible, con el cuidado y ejercicio, que lo fueron Demóstenes y Ciceron.

Pues oye V. Sr. D. Bartolomé, dijo el familiar, aún es así que esas vozarronas, que parecen voces duras de guey, y esos meneos impetuosos de los predicadores, como los llama el padre Tiatino Gisbrás, ó qué sé yo, que parece que le rompen á uno los cascos; pero á mí no me amoinan ménos otros predicadores que hay tan enmelados con unas palabras tan de azucare y de almirabe, unos zaceos y unos meneos de dama almigada, y de sí Señor, y cierto dan á un hombre ganas de gomitár. Cuando todo es natural, respondió el canónigo, porque nace de un génio verdaderamente dulce, suave y blando, y de algun natural afecto de la lengua, no solo no fastidia, sino que cae en gracia, persuade y mueve; pero cuando se mezclan en ella la afectacion y artificio, no hay cosa que más empalague ni que más irrite. Aún en una conversacion, el que afecta dulzaina, dengues y remilgamiento, se hace extremadamente fastidioso; pero cuando esto se quiere tambien remedar en el púlpito, no hay paciencia para tolerarlo.

En esto vamos conformes, respondió el padre vica-

rio, y es que él tenia una voz sonora, grata y medianamente corpulenta. Ni distamos tanto en el dictámen sobre esta obrita del padre Gisbert que tengo en mi celda, y he leído con bastante cuidado, pues aunque la he notado algunos defectillos veniales á la verdad, pero el fondo se conoce que le aprecia.

¿Ha leído V. los reparos críticos de Monsieur Lenfant? Sí, reverendísimo padre, porque están al fin de la segunda edicion, que es la que yo tengo. Y ¿qué le pareció á V. de ellos? preguntó el padre vicario. Padre maestro, respondió D. Bartolomé, un triste canónigo de capa y espada como yo soy, no puede dar parecer sobre estas materias: mas pues el reverendísimo desea saber lo que siento, valga lo que valiere, digo fuera de las notas que le pone, (y á mí me parecen justas) sobre la falta de método, la repeticion y la prolijidad de los lugares de San Juan Crisóstomo, cuasi todos los demás reparos de Monsieur Lenfant son inútiles, ridículos y pueriles; y en fin pidiendo licencia primero para usar de este equivoquillo, reparos propiamente de niño, que esto quiere decir en nuestra lengua, *Lenfant*.

¿Pues qué, replicó el padre vicario, pueril llama V. al primer reparo que pone sobre lo que dice en el prólogo el padre Gisbert, *que la hermosura del discurso sufre la falta de brevedad*? Y añade el crítico: *que aqui hay obscuridad y un sentido equivoco, pues se quiere decir, que lo hermoso del discurso excusa lo prolijo*: este reparo me parece justo y sólido.

Lo que es no entenderlo, respondió el canónigo, pues á mí me parecia que era insulso, sutil y sin razon alguna, porque no comprendia yo que entre es-

tas dos cláusulas, *la hermosura de un razonamiento sufre la falta de brevedad; la hermosura de un discurso ó encubre la prolijidad*, hubiese más diferencia, que la de decir una misma cosa, con más ó ménos palabras; pero que en lo demás ambas proporciones eran igualmente claras y perceptibles. Mas las superiores luces de V. Reverendísima descubren lo que no vemos los que las logramos más escasas. Pues la segunda nota de Monsieur Lenfant sobre el prólogo, dijo el padre vicario, aún es más substancial que la primera, y no sé qué se pueda replicar á ella para excusar al padre Gisbert la prolijidad de ejemplos que pone: dice que en eso no hace más que imitar á San Agustín, y añade oportunamente el discreto crítico: *¿Si el método es malo, no lo autoriza el ejemplo del Santo; fuera de que San Agustín no es tan prolijo ni con mucho en sus citas, como lo es el padre Gisbert en las que hace de San Juan Crisóstomo? ¿Tratará V. de pueril este réparo?*

Yo me guardaré de eso bien, respondió el canónigo; porque aunque es verdad que á nosotros los eclesiásticos legos nos disuena mucho esto de hablar con ménos respeto de los Santos Padres, y más de un padre tan sábio como dicen que fué San Agustín; pero esto nacerá sin duda de que no lo somos: por eso nos escandaliza oír que cuando las cosas son malas, el ejemplo de los Santos Padres no las autorizan, porque nos parecia á nosotros, que una vez que las autorizase el ejemplo de los Santos Padres, debíamos creer que no eran malas: por lo que toca á si son ó no largas las citas de San Agustín, como los ejemplos que cita el padre Gisbert de San Crisóstomo, yo no

puedo hablar con conocimiento de causa; porque confieso que solo he visto por el forro las obras de San Agustín en la librería del señor Magistral; pero como el padre Gisbert asegura que San Agustín traslada lugares muy considerablemente largos de los Profetas, de San Pablo y de San Cipriano en su libro ó traslado *de la Doctrina Cristiana*, paréceme que debemos creerlos sin escrúpulo; porque no tiene traza de hombre que habla á bulto, que cita á falso.

Pero demos de barato que las citas del Santo hubiesen sido más breves ó más cortas, acá á mi modo de concebir, me parece que no hace fuerza el cotejo, siendo muy clara la disparidad. San Agustín en el libro de *la Doctrina Cristiana* no toma por asunto el instruir á un predicador en el modo de predicar, sino imbuirle en los dogmas de la religion que debe enseñar, y para esto no era necesario copiar pasages largos de los Padres anteriores al santo doctor. Por el contrario todo el empeño y todo el asunto del padre Gisbert, es instruir á un orador cristiano en el método y en el modo con que ha de disponer sus sermones, y para eso era al parecer indispensable hacer un poco largos los ejemplares que se proponen á la imitacion; porque como dice el mismo padre, sino se dá á estos modelos de buen gusto una proporcionada extension, es imposible sentir ó reconocer en ellos perfectamente la práctica de las reglas. Es verdad, como signifiqué al principio, que aún para este fin me parecen un poco prolijos algunos pasages de San Juan Crisóstomo, que copia el padre Gisbert: pero yo soy un pobre canónigo en romance, y debo someter mis bachillerías al superior dictámen de vuestra reveren-

dísima, á quien suplico se sirva decirme; ¿qué hombre fué ese Monsieur Lenfant, cuyas notas han tenido la fortuna de agradarle tanto? Sr. D. Bartolomé, confieso que no sé ni me he metido en averiguarlo; porque cuando leo un libro me importa poco saber la vida y milagros del autor; si me gusta, le acabo y le celebro; si me enfada, le cierro y arrimo, sin meterme en más honduras ni averiguaciones.

¡Hay cosa! replicó el canónigo; pues yo estaba en el errado concepto de que para hacer juicio de una obra, especialmente crítica, y que se roza con la religion, convenia mucho saber, por lo ménos en general, los estudios, las circunstancias y especialmente la profesion ó la religion del autor. Confieso que habiendo observado en las notas de Monsieur Lenfant el empeño en critiquizar, morder y censurar los lugares de San Juan Crisóstomo, que trasladó el padre Gisbert (porque en suma á esto se reducen sus principales notas, ó á lo ménos aquellas que no son puras fruslerías); y habiendo reparado que desde la primera carta, que sirve de prólogo á la obrilla, muestra su poca inclinacion á este célebre Padre, cuando dice que *aunque él es uno de los que admiran su elocuencia é ingenio, con todo eso no quisiera proponerlo por modelo sin muchos correctivos*; confieso que todo esto me hizo entrar en mala fé con este Monsieur, y me dió fiera tentacion de averiguar qué personaje era.

Tuve bien poco que hacer en conseguirlo, porque como soy uno de aquellos eruditos de repente y araganes de la moda, que quieren saber mucho á poca costa, y hablar de todas las materias sin comprender ninguna, en saliendo algun diccionario, compendio ó

cosa que lo valga, luego escribo á mi corresponsal á Madrid, para que lo haga venir á mi librería romanista. En ella tengo el *Diccionario Histórico* abreviado de Moreri, escrito en francés por el abad *Ladvocat*, y traducido harto fielmente en castellano por *D. Agustín de Ibarra*, clérigo laborioso y aplicado. En él se dice, que Jacobo Lenfant fué un famoso teólogo histórico en la religion protestante, que dejó un gran número de obras, y murió paralítico en el año 1728. Por señas, ántes que se me olvide, que se asegura que nació en Bazoché de Bauze, provincia que no se sabe á donde cae; pues solo se tiene noticia del *Baucey* ó *Bauces*, bajo y mediano, que comprende el país de Chartres y el de Vandoma; pero esto no importa un bledo. Lo que á mi ver importa más, es que habiendo sido Monsieur Lenfant un protestante, parece deben leerse con alguna desconfianza sus obras sobre la obra de un jesuita, y más sobre tal obra.

¿Pues qué, replicó el padre vicario, no sin algun desden, es V. de aquellos entendimientos, que juzgan no puede escribir con acierto un hereje en ninguna materia? No, reverendísimo padre, no soy tan lego como todo eso; sé muy bien, que entre ellos ha habido hombres eminentes en algunas facultades; sé muy bien (porque al fin estudié las sùmulas) que no vale esta consecuencia; *es hereje, luego no vale lo que dice, ni lo que escribe*; sé tambien, que así como hay cierta especie de locos, que solo desbarran en determinadas materias, así hay muchas clases de entendimientos, que solamente desbarran en asuntos determinados. Pero al mismo tiempo estoy persuadido, á que por esta última razon debemos leer siempre con

mucha cautela y desconfianza, aquellas obras de los herejes, que directa ó indirectamente tratan de punto de religion; cuales sin duda son los que hacen crítica de los Santos Padres, cuya veneracion y concepto procuran ellos disminuir. Por otra parte, siendo tan notoria la inquina que los herejes profesan especialmente á los jesuitas, paréceme que cuando aquellos escriben contra éstos, pide la equidad que se les lea con un poquillo de precaucion, porque son parte apasionada.

CAPÍTULO VII.

LEVANTASE DE LA SIESTA EL MAGISTRAL Y PROSIGUE LA CONVERSACION DEL CAPITULO ANTECEDENTE, CON TODO LO DEMÁS QUE IRÁ SALIENDO.

AL instante se dejó ver el magistral, después de haber dormido una siesta muy decente. Todos se levantaron por respeto, y los más se retiraron, unos á rezar, y otros á descabezar el sueño; entre los cuales aseguran varios autores, que el hermano Bartolo era el más necesitado. Fray Gerundio hizo tambien ademan de retirarse, pero el magistral le detuvo, quedando solos tio y sobrino, Don Bartolomé y el bueno del familiar. Tomó un polvo el magistral para despejarse, estregóse los ojos, sonóse las narices, y es fama que encarándose con el sobrino, le habló en esta substancia:

«Sin duda, Fray Gerundio, que habrás quedado
«muy vanaglorioso con tu desbaratado sermón. Los
«aplausos de los ignorantes, la gritería de esta po-
«bre gente, el voto de la muchedumbre, y las acla-
«maciones de los lisonjeros, si ya no han sido iróni-
«cos elogios de los zumbones ó de los malignos, te
«tendrán sin duda persuadido á que nos dejaste á
«todos aturdidos. Con efecto fué así, y dudo que
«algun otro lo haya quedado más que yo; pero no de